



Círculo Rojo

JOSÉ LUIS RIVAS GUIADO

LA MURALLA DE “YAHVÉ”

... PESE A LOS
CANTOS DE SIRENA

ILUSTRACIONES
RAQUEL CLEMENTE RUBIO

Primera edición: marzo 2017
Segunda edición: octubre 2017

© Derechos de edición reservados.
Editorial Círculo Rojo.
www.editorialcirculo rojo.com
info@editorialcirculo rojo.com

© Jose Luis Rivas Guisado

Edición: Editorial Círculo Rojo.
Diseño de cubierta e ilustraciones: © Raquel Clemente Rubio
Maquetación: Editorial Círculo Rojo

Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-9160-458-7

DEPÓSITO LEGAL: AL 407-2017

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

JOSÉ LUIS RIVAS GUIADO

LA MURALLA DE “YAHVÉ”

... PESE A LOS
CANTOS DE SIRENA



Círculo Rojo
EDITORIAL

Las 4 Estaciones: Primavera

Ensayo histórico
de tema judío y protagonistas
imaginarios, cuyo parecido con la realidad,
es pura coincidencia.
Una historia amarga pero sublime,
en su final ...inesperado.

*A mis amigos judíos,
con quienes he convivido, estudiado juntos,
y he admirado su tesón y fuerza,
siendo testigo de su defensa
en los días críticos de la guerra.
Pueblo al que admiro,
pero también critico, sobre todo
en su condición más intransigente.*

El autor

*“Continuaremos siendo
lo que somos
ninguna fuerza del mundo
ni del cielo nos cambiará.
Ya que estamos hechos
de una materia dura
como la roca;
hemos resistido a Dios
en la época de nuestra juventud
y a los hombres en tiempo
de nuestra madurez”.*

(Alexandre Rister)

ÍNDICE

Prologo. La agonía de rabí Hayim	13
I. Huida de Kiev	21
II. Modelando al judío.....	37
III. Hayim, entre dos almas	55
IV. Llorando a fray Diego.....	73
V. “ <i>Januká</i> ” en el “ <i>gheto</i> ”	85
VI. Elegía, a la muerte de Yardy	107
VII. ... en el fragor de la amenaza	121
VIII. ¡... por doquier aleteaba la alarma!.....	141
IX. La herida de “ <i>Babi Yar</i> ”	153
X. ¡Arde! el “ <i>gheto</i> ” de Warszawa	163
XI. “ <i>Vers l’Est</i> ”, destino, ¡Auschwitz!	191
XII. ... símbolo eternal de coraje.....	209
XIII. Por los caminos, ¡hasta Roma!	215
XIV. Al amparo del “ <i>Monte Sacro</i> ”	235
XV. Judío, en sayal de fraile	251
XVI. Campanas, tras la guerra	273
XVII. A bordo del “ <i>Exodus 47</i> ”	293
XVIII. ... en los umbrales de Jerusalén	307
XIX. Vísperas de gloria.....	329
Epilogo. ... y el cielo se hizo inalcanzable	339
En la Muralla de “ <i>Yahve</i> ”	341
Glosario	343
Bibliografía consultada.....	347

PROLOGO

LA AGONÍA DE RABÍ HAYIM

El reloj de pared daba las cinco, su “*tic tac*” se hacía cada vez más bronco y monótono, una atmósfera pesada cargaba la alcoba de presagios de muerte, un camastro de leño, una estantería con arcaicos libros viejos: la “*Toráh*”, la “*Mishna*”, la “*Guemará*” y el “*Talmud*”, una silla de mimbre, sobre la que Meir Carmi, médico de familia, había dejado unos medicamentos y Raquel un cuenco de agua fresca, sobre el dintel de la chimenea de piedra, el retrato de rabí Judá ha-Zadik, carcomido por la polilla y descolorido por el tiempo. Este era el marco en el que la vida de rabí Hayim ben Judá se extinguía lenta pero inexorablemente.

Rabí Isaac ha-Nadiv, rabí Moisés ben Nissín y rabí Samuel ha-Nisí, presentes, daban testimonio de la amistad que les unía con el moribundo, aunque a los tres rabinos les distanciaban creencias substanciales del mismo credo.

El primero, rabí Isaac, aturdido ante la muerte, suerte inexorable incluso para el hombre bueno, mientras que rabí Moisés,

admitiendo que la muerte pudiera ser el castigo de los perversos, se preguntaba por qué los hombres de bien debían correr el mismo destino que los pecadores, merecedores de todo descrédito.

Incertidumbres que rabí Samuel, airado ante las dudas de sus colegas, les increpaba interpelando con airado verbo:

-¿Qué pierde rabí Hayim con la muerte?, su “nefesh”, declaraba, como el de todo hombre de Dios creyente está ansioso de abandonar este mundo para reunirse con Abraham en su seno, y permanecer ante “Yahvé” por siempre en su cuerpo resurrecto.

Rabí Samuel, que se preciaba de su sincera amistad, enviaba a rabí Hayim en estos extremos momentos, profesando, como buen fariseo, la creencia en la inmortalidad del alma y la resurrección de los cuerpos, pero no como lo hacen los creyentes para quienes la resurrección era simplemente algo que sigue a la muerte.

-Es, afirmaba él, la vida misma que se prolonga eternamente. No sólo no muere el alma, sino que a su debido tiempo, también el cuerpo renace para siempre, la resurrección del fin de los tiempos es y debe ser algo cotidiano a nuestro corazón abierto; más aún, cada instante de nuestra vida debemos considerarlo bajo este eternal aspecto.

Creencias fariseas y certidumbres saduceas en litigio, personificadas en aquellos tres rabinos, tuvieron su importuna hora de confrontación, unos no dando fe a la resurrección, la supervivencia del alma y la misma recompensa o castigo en el mundo del más allá, simplemente porque no estaban mencionados expresamente en la “*Toráh*”; otros, tachando al resto de “fieles a la letra”, leguleyos del derecho, seguidores del “*mythos*” frente al verbo, realidad del conocimiento, recriminándoles que negasen la existencia de los ángeles, la creencia en el destino, la divina providencia, su influencia en las acciones humanas, hasta el punto de que “*Yahvé*” pudiera prevenir el mal...

La alcoba se iba cargando de una atmósfera grave y calinosa, avara de luz y ventilación, dificultando incluso la respiración a

los presentes, al tiempo que la frente de rabí Hayim, también la de sus colegas íbanse cuajando de finas gotas de sudor que se deslizaban por sus rostros desencajados por la tensión y el dolor del momento, el tufo de cera quemada se mezclaba con el olor que despedían los libros viejos, apilados en anaqueles de madera de brezo...

Diríase, si viviéramos la escena a ciegas, que asistíamos a la “procesión de las candelas”, o que estábamos entre las cuatro paredes de cualquier biblioteca de incunables o en el gabinete de un anticuario bibliófilo cargado de legajos, pliegos y vetustos mamotretos.

Pero, no estábamos en comitiva alguna, tampoco entre libros y más libros de cualquier biblioteca, legajos, expedientes o dossieres...; asistíamos, atónitos y perplejos, a la agonía de un judío bueno.

Rabí Hayim respiró hondo.

Un profundo suspiro salido de lo más recóndito de aquel extenuado cuerpo interrumpió de súbito la conversación de sus colegas enzarzados en discusiones doctrinales de peso. Discusiones que, no obstante, les distanciaban enormemente, unidos únicamente por la amistad con el moribundo, en su lecho de muerte; ante la muerte, los mayores enemigos encuentran razón para olvidar sus discrepancias, llegando a coincidencias y asentimientos, aunque en el fondo se odian con fuerza y en secreto.

Raquel, muy avejentada y afligida, se había aproximado a la escena, trabajosamente ayudó a su esposo a incorporarse, acercándole el cuenco de agua fresca, rabí Hayim mojó sus labios resecos, respiró profundamente dejando escapar un profundo lamento, como salido del “*sheol*” de los infiernos, y... cayó desplomado, exhausto, sobre su camastro; todavía, en vida, le quedaban por sorber sus últimos amargos momentos, aún bajo aquel macilento y demudado cuerpo, rabí Hayim ben Judá dejaba al descubierto el alma de un judío bueno. ¡Todos tenemos la intuición de que

la vida es algo más de lo que nos enseña la filosofía en los libros de texto!

El velón que había sobre la mesilla de noche se consumía lenta pero inexorablemente, acompañando a rabí Hayim en su postrer viaje a las mansiones eternas. Poco podía esperarse ya, el cáncer, en fase terminal, iba ganando terreno, la metástasis era ya un hecho, la muerte se acercaba lenta pero inexorablemente, mientras la vida de rabí Hayim, se agostaba irremisiblemente por momentos.

-De la vida no vemos más que la muerte, decía un filósofo, un filósofo cuerdo, frente a la frivolidad del hombre necio.

Y si en la plenitud de la vida estamos viviendo ya la muerte, como nos hacían recordar los antiguos, en la agonía la muerte se hace real y segura, como la propia existencia.

Rabí Samuel ha-Nisí, su viejo colega, había dado comienzo al rezo de la “*Shemá*”, último acto y oración de todo pío judío, el “*amén*”, contestado a coro por los asistentes, rasgó el silencio de la densa atmósfera de la alcoba, cargada del tufo de cera del husmo de los libros viejos. Rabí Isaac dejó escapar una expresión de conmiseración, secundada por rabí Moisés, lo que irritó sobre manera a rabí Samuel ante la flaca credulidad de sus compañeros de duelo, increpándoles por la infundada compasión para con quien se aprestaba a pasar de una vida atormentada o otra mejor en el cielo, recompensa de los actos buenos, a quien se encuentra en el mismo atrio de la felicidad, abriéndosele de par en par, las puertas del cielo.

Rabí Moisés ben Nissim, sin musitar palabra y como única respuesta se acercó al estante de libros, y haciéndose con el Eclesiástico, leyó en voz alta:

“¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria para el que se siente con sus riquezas satisfecho, para el hombre a quien todo sonríe y en todo prospera, y que aún puede disfrutar de sus placeres, o muerte, bueno!”



*Raquel abría la ventaba de la alcoba, cargada
de una atmósfera grave y calinosa*

... interrumpiendo aquí rabí Moisés su lectura, lo que enojó a rabí Samuel, quien tomando de manos de su colega el sagrado libro, se acercó a la tenue luz que proyectaba el consumido velón y prosiguió la lectura en estos términos:

“¡Oh muerte, bueno es tu fallo para el indigente y agotado de fuerzas, para el cargado de años y de cuidados, quebrantado de ánimo y sin esperanza; no temas el fallo de la muerte, acuérdate de los que te precedieron y de los que te seguirán en este destierro, y que éste es el juicio de “Yahvé”, tu Dios, sobre toda carne...!”

... sin motivo para el desconsuelo.

Llegado a este punto rabí Moisés dejó sin concluir el texto, contagiado por el dolor que desprendía aquel cuerpo transmutado en su agonía. La atmósfera se hacía por momento insoportable y fétida, trasuntos del postrer momento, en una alcoba avara de luz y de tufo espeso.

Raquel abrió la ventana de la alcoba, cargada de una atmósfera grave y caliginosa, dando entrada a un aire fresco, escenario de la tragedia de la muerte: sobre la chimenea, el retrato de rabí Judá ha-Zadik, padre de su moribundo esposo, carcomido por la polilla y descolorido por el tiempo, y en el centro, el camastro donde rabí Hayim agostaba sus días, accidentados y doloridos, representando el acto final de su vida, vuelto del destierro.

-¡Las campanas, las campanas...!, susurró él, arrebatado en éxtasis.

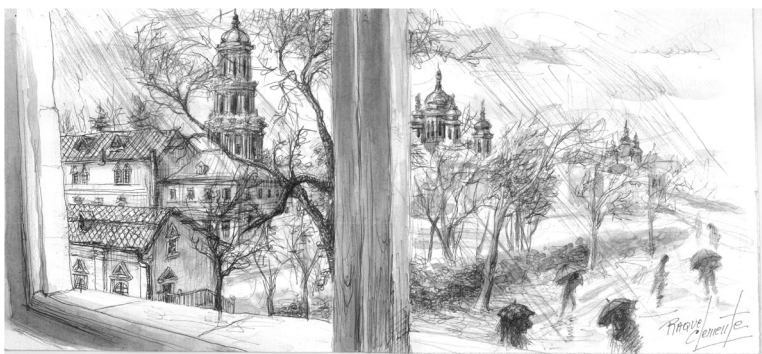
El tañido melódico y bronco de las campanas del convento de las clarisas de “*Der abu-Tor*” había vuelto a oírse, tras el prolongado y forzoso silencio, al término de una guerra fratricida que enlutó la tierra palestina partiéndola en dos frentes, manchándola una vez más con la sangre de seres inocentes, dejando a su paso mucha muerte. Eran las cinco y media de la mañana, la misa conventual daba comienzo al compás del repiqueteo llamando al rezo.

-¡Las campanas, campanas...!, volvió a balbucear rabí Hayim.

Y aquel quebradizo campaneó, sacándole de su aturdimiento, aletargó sentidos apurados por el tiempo, desgarrando el mismo archivo de su personal historia contada con tintes frenéticos, resucitando de la muerte del olvido impresiones experimentadas, palabras dichas u oídas, imperceptibles para fatuos y necios, actos realizados a la luz del día, por la oscuridad de la noche encubiertos con un velo negro, para reanimarlos de vida ficticia, ¡qué importa si eso da vida a los hechos!, haciéndole vivir de nuevo los años turbulentos de su angustiada existencia.

-¡Las campanas, las campanas...!

... en la lejanía, el sonido del “*shofar*” llamando a fiesta: ¡Una nación había nacido! Y él, rabí Hayim ben Judá, ya no estaría para celebrarlo ...



I

HUIDA DE KIEV

Tarde cruda y fría como no recordábamos en mucho tiempo, al escaso tráfico en las calles de Kiev se unían las notas intermitentes de los relámpagos, seguidos del ensordecedor retumbar de los truenos, la lluvia se hacía terca y persistente, escurriéndose en lágrimas caprichosas por las tersas mejillas de los cristales de las ventanas de nuestra casa de Petchersk, en la Rusia, entre la autocracia zarista o la revolucionaria violencia, a la sombra del más antiguo e importante de los monasterio, conocido, las Cuevas de Kiev.

Era el caer de la tarde de un lunes cualquiera de invierno como tuvo tantos 1890 y como tienen todos los años, con sus encantos y sus desconsuelos.

Fue la primera fecha que había quedado grabada en mi recuerdo; tenía nueve años.

... el pasado no había dejado huella, por aquello de que la vida se abre a nuestra percepción cuando más gozan los sentidos o cuando más sangra el corazón en gotas de sufrimiento: mis sensaciones permanecían todavía aletargadas en la inocencia y mi corazón..., mi corazón no sabía aún lo que era el dolor, llorar por los seres queridos que se nos han ido, sin razón alguna para decir adiós ¡queriéndolos!; por mí los años habían transcurrido dejando sólo a su paso el brotar de las flores en primavera, la maduración de los frutos en verano, la caída de las hojas en otoño-invierno, la crecida del sol por Oriente y su adiós por Poniente.

Cierto día me atreví a entrar en el despacho de mi padre, “*sancta sanctorum*” para todos nosotros, donde él custodiaba con reserva los grandes secretos. Sabía bien que no se hallaba en casa porque el rabinato de Kiev había convocado una reunión de urgencia, en días inquietos y turbulentos; rabinato del que rabí Judá ha-Zadik, mi padre, formaba parte.

Entré con gran sigilo, acuciado por una gran curiosidad, en busca de aquello que mi padre nunca había querido desvelarme: su diario, donde él escribía en apuntes hechos, acontecimientos y efemérides, diálogos y encuentros, todo ese acervo de cuitas y misterio, que, recelando de la propia memoria, queremos que para siempre queden protegidos del olvido con el paso del tiempo. No hay peor pecado para la historia que el olvido ..., ¡quizá la mentira!

En las páginas de aquel diario pude leer:

Hoy, en puertas de la primavera, ha venido al mundo mi hijo Hayim, a quien podría haberle llamado el “hijo de los “pogroms”, por haber nacido precisamente en 1881, año en que comenzaron

las matanzas de judíos, tras el asesinato del zar Alejandro II, en San Petersburgo por Ignacy Hryniewiechi. “Pogroms”, nombre con el que quedaron tristemente célebres la persecución de judíos en la historia de Rusia, de forma más cruel en Kiev, y que continuarían en años sucesivos. Razón y causa, sin duda, del aumento de la “conciencia nacional” judía.

De hecho, fue entonces, cuando lejos, en Palestina, bajo dominación otomana, se fundaban los primeros “kibutzim”, colonias judías, y cuando todos los periódicos del mundo, muy especialmente los americanos, publicaban en portada y a grandes titulares la trágica noticia: “James A. Garfiel, 20º presidente norteamericano, ha sido asesinado”.

La lectura de estos párrafos me había hecho olvidar mi travesura, irrumpiendo en la estancia más preciada de la casa, maculando, quizá, el secreto en el que mi padre hubiera querido mantener todos aquellos recuerdos, ¡tristes recuerdos!, más que otra cosa, para reprochar a la humanidad, en silencio, la barbarie de sus actos, y a mí, la evicción de un prematuro sacrificio. Y así, seguí leyendo:

El terror, dejaba escrito mi padre, nos ha hecho escapar de nuestra rica y confortable casa, como lo están haciendo miles y miles de judíos, yendo a refugiarnos en Petchersk, barrio, situado en las colinas cercanas, al margen derecho del Dnieper, donde la comunidad de la ciudad nos ha acogido, con la satisfacción, por nuestra parte, de sentirnos más seguros entre gentes de nuestro pueblo, aunque el dolor iba a ser algo muy personal que nos iba a acompañar toda la vida.

Éramos cientos, miles, y aunque protegidos en grupo, cada cual bastante tenía con sus propias penas, encerrando en sí el dolor y su más íntimo sacrificio, lamento que, con sello colectivo, se expresaba de forma personal e intransferible; quien llorando a su hermano, asesinado sin piedad con las garras de la “vendetta”, quien negándose con tintes macabros a la muerte de su hijo por haber nacido con defectos físicos, otros del intelecto mermado

en la demencia, quien, en el más macabro odio y más absurdo delirio, estrangulando a su propio padre, negábase él mismo el perdón ante tamaño delito.

Todos, en una causa común, intentaban consolar a los demás, aunque cada cual bastante tenía con su propio sino y con el temor incontenido de una muerte cercana que algunos aceptaban tranquila y apacible como única salida a la libertad.

... como dulce sueño era aquel que se posaba sobre el añoso y lacerado cuerpo del anciano, o como curación final la que experimenta el enfermo terminal avistando ya con gozo horizontes infinitos; muerte que dejaba intacto el cuerpo, quieto primero en la morbilidad de la carne, honrado después, en la tumba sin flores ni epitafio, en el anonimato más inmerecido.

Pero la muerte que nos amenaza, quedaba escrito en el diario, es horriblemente monstruosa. Todo Kiev y sus barrios están en alarma, los almacenes de los judíos son saqueados, las casas incendiadas y destruidas, el terror nos acompaña, siempre acompañado de la amenaza de la muerte ...: hombres adultos con apariencia de viejos, mujeres exhaustas de fuerzas, niños indefensos, ancianos enloquecidos, pero felices de vivir en la locura su cruda tristeza, conscientes de que la inconsciencia es sin duda el mejor antídoto contra la sinrazón de la demencia. Cuando todo esto sucede es 1881, en las postrimerías del quinto mes, en puertas del verano, y el lugar Kiev.

Unos golpes en la puerta hízome despertar de aquel aturdimiento: ¿osadía, imprudencia, atrevimiento, simple trastada de niño ..?

Como quiera que le llamase, había vivido leyendo aquellas páginas horas tristes de mi infancia, comprendiendo el deseo paterno de ocultarme aquellos días de dolor y sufrimiento. Sin duda, no quería causarme por el momento constatación tan triste, descubriendo a destiempo páginas de lo que fue y pudo ser, aunque tarde o temprano los cielos siempre se abren finalmente para mostrar a quien quiera sus primores más sublimes, también los momentos más tenebrosos de la vida.

Por todo esto y por muchas razones más era imposible continuar en Kiev, en modo alguno podíamos seguir viviendo en un lugar, donde los nobles nos odiaban porque éramos “los asquerosos judíos”, los pobres nos detestaban por ser nosotros los “ricos usureros”, todas las clases sociales: nobles y plebeyos, patronos y proletarios, nos aborrecían por ser simplemente judíos, motivo bastante para desencadenar sentimientos adversos, ¡y en Petchersk éramos mil ochocientos!

Una comunidad boyante -¡reconozcámoslo!-que detentaba, el monopolio de importantes fuentes de producción, manipulación y distribución, razón suficiente para atraer el odio más feroz hacia nuestra gente.

Todos nos despreciaban, se mofaban de nosotros propalando a voz en grito nuestros pecados, olvidándose de las medallas ganadas en combate, todos nos perseguían, llamándonos con los epítetos más despectivos de usureros, “marranos”, mezquinos, y donde fuéramos o nos encontráramos éramos siempre los “circuncisos”, mercedores del desprecio del pueblo; sobre todo de las clases medias.

Alejandro III, tras el asesinato de su padre, había prometido en Garchina a la comunidad israelí de Petersburgo, presidida por el barón Gunzburg, seguir protegiéndonos como lo venía haciendo; pero la saña del populacho pudo más que la buena voluntad del zar, y hasta él mismo llegó a confesarse impotente para domar aquella chusma sedienta de venganza. Pero, ¿qué venganza?, si éramos unos desgraciados sin derechos bastante de lamernos nuestras propias heridas.

Las medidas presentadas por el ministro Ignatiev atemperaban nuestra suerte, pero por desgracia para nosotros, aquellos preceptos no llegaron nunca a ponerse en práctica, agravándose, por momento, nuestra situación en el Imperio, que acariciaba ya la llegada de una revolución que marcaría la historia de los pueblos.

... ahora, con instrucciones en materia de docencia y seguridad ciudadana que estrangulaban, si cabe aún más nuestra con-

vivencia, crítica en algunos momentos, siempre incierta, convirtiéndonos en blanco de agravios e improperios; los foráneos eran expulsados, y el resto de los judíos residentes, puestos en grave aprieto, situación que había llevado a mi padre a sincerarse:

-No podemos seguir viviendo en Kiev, le había dicho a mi madre, nuestras vidas en Rusia corren peligro, lo que nos obliga a huir, a huir no importa dónde ...

A las pocas semanas de aquella determinación dejábamos Kiev. Partíamos con el corazón transido de amargura, abandonábamos la capital de Ucrania, y con ella dábamos el adiós al Dniester, río que arroja sus aguas en el Mar Negro, cual otro presagio que amenazaba nuestras vidas... Viajábamos, comulgando con las “troyanas de Eurípides”, ¡allá donde fuéramos ..!

Con nosotros, 20.000 judíos habían sido expulsados de Rusia, -¿es que podíamos llamar de otra forma a nuestra obligada huida? Aquel 1892, en el rigor del crudo invierno, teniendo que encarnarnos a terribles penalidades, ¿nuestra meta..., por qué no? ¡Alemania!

Mi padre había decidido establecerse en München, en la Alemania meridional, capital de Baviera, a orillas del Isar, afluente del Danubio, todo menos azul, centro tranquilo, donde el pueblo judío seguía gozando de una paz que en otros lugares les era negada.

Lvov, Jorostaw, Krakow, paso por Checoslovaquia, Budapest en Hungría, Viena en Austria y finalmente..., Salzburgo. Etapas todas ellas penosas e inciertas hasta llegar a nuestro destino, hasta alcanzar la meta, ciudad que habíamos escogido como refugio, como custodio de nuestros recuerdos y creencias.

El tren aminoraba su marcha, unos y otros, los viajeros, apiñados en las ventanillas, expresaban sus sentimientos más variados:

-¡Estamos arribando!, decían los optimistas.

-¡Que “Yahvé” nos acompañe!, exclamaban los más creyentes.

Unos y otros, todos, se aprestaban a la llegada, bajaban las maletas, los escasos enseres que habíamos podido sacar de la Rusia zarista, hoy convertida en emporio del proletariado, con premuras manifiestas, a todos nos invadía un único sentimiento, mixtura de gozo y desconcierto.

La locomotora había frenado en seco, mismo delante de unos barrotes de hierro, obligándole a detenerse; habíamos arribado a una estación anchurosa, resplandeciente, presidida por un enorme, luminoso y claro letrero: MUNCHEN.

El tiempo transcurría con gran celeridad; vano sería nuestro desacuerdo, quisiéramos o no, los días agostaban sus horas, al tiempo que lo hacían las hojas del calendario y las agujas del reloj girando alrededor de su eje concéntrico, una y más veces.

Y así pasó nuestro primer año en München, desde aquella precipitada salida de Kiev.

Nos habíamos instalado en “*Strachus mit Karlstor*”, plaza recoleta, empedrada y céntrica, poco distante de “*Frauentürne*”, catedral de la ciudad muniquesa. Una muralla de piedra con sus tres arcos ojivales daban entrada a una espaciosa explanada por donde transitaban gentes de a pie, vehículos tirados por caballos y los primeros coches de tracción mecánica.

Tras aquellos días, nuestras vidas en la ciudad fueron entrando en la normalidad, después de ese período de adaptación que conlleva la convivencia en una localidad con las efímeras alegrías y sus inevitables sobresaltos.

Aquel invierno fue muy crudo, la nieve cayó incesantemente, obligando a atizar los fogones día y noche, dejando escapar por sus chimeneas un humo espeso que saturaba el ambiente con un olor a leña. La contaminación atmosférica era un hecho, pero ¿quién iba a pensar en ello para denunciarlo!

Una de esas frías tardes me llevó mi padre a su despacho, donde el “candelabro de siete brazos”, y la “*Toráh*”, ocupaban un lugar de privilegio, próximo a cumplir los trece años, y por ello cercano mi “*Bar Mitzvá*”. Me dijo:

-Ahora no puedes ignorar muchas cosas que hasta hoy te eran permitido desconocer, y sobre todas ellas, la “Toráh”, identificada, a decir de nuestros sabios, con la propia historia hebrea. Historia y orgullo de nuestro pueblo, ley labrada en el alma de todo judío que se precie consciente de que hemos sido elegidos por “Yahvé” como su pueblo, legitimados para recibir su herencia legada a Moisés en lo alto del Sinaí, camino por el desierto. A nosotros, y no tan sólo a nuestros padres, añadió él, se nos ha revelado la Ley, “presencia permanente” en esta tierra, brújula que marca siempre el norte de nuestro destino, por incierto que él fuera, que para alcanzarlo obliga a nuestro pueblo atravesar el desierto de la vida con sus penas a cuesta, con sus carencias y defecciones, con su desencanto y vanas apuestas. Ese desierto que conocieron nuestros padres Moisés, Aarón y Josué, y que también a nosotros se nos exige trasponer para llegar a la meta; rehusar el desierto sería hacernos indignos de la misma revelación, sabedores de que ese mar de soledad y arena es inevitable para todo hombre sediento de justicia plena; el dolor en el desierto para las naciones es como el fuego en el crisol para el oro de ley, puesto a prueba.

Siguieron unos minutos de silencio, los suficientes para reponer fuerzas y seguir con su alegato:

-No creas, prosiguió mi padre, que la experiencia del desierto entre las naciones sea algo fácil; es aquí, en el yermo donde el hombre verdaderamente se encuentra en pleitesía con su realidad auténtica, donde siente hambre y sed de justicia que no de alimentos, comprendiendo con meridiana clarividencia que, menesteroso y desvalido, no sólo de pan vive el hombre, sino de todo aquello que viene de lo alto, de “Yahvé”, Señor que ordenó a Salomón la construcción de un templo de piedra, donde el candelabro de bronce ocuparía un lugar preeminente en la más noble pieza, convertida en tabernáculo de Alianza.

La historia nos recuerda la conquista de Jerusalén por Judas Macabeo y sus soldados, la retirada de la guarnición asiria de la fortaleza, la huida en desbandada de los judíos helenos ..., momento en el que los seguidores de Judá, entrando en Jerusalén, se consagraron a la purificación del Templo, idolatrado por manos profanas, paganos que llegaban de otras tierras trayendo sus propios dioses encarnados en centauros, becerros y águilas aladas, arrojando las piedras que habían servido de altar a todos esos dioses a un lugar inmundo, donde “será el llanto y el crujir de dientes”.

Liberados del maligno, construyeron un ara nueva, reanudándose así aquel 25 de “*kislev*” de 165 el culto divino suprimido hacia tres años; el candelabro también había sido profanado, lo que obligó a su purificación para que en el Templo nada quedara con mácula o pecado, se hicieron vasos nuevos y toda clase de ornamentos sagrados.

Finalmente se instaló el candelabro y se asentó en el Templo el altar de las dádivas y las ofrendas; desde entonces, ese candelabro de oro batido y seis brazos ha tenido un gran significado en la historia del Judaísmo, que nada ha cambiado con el paso de los tiempos.

-Pero..., ¿por qué de oro batido y por qué de seis brazos?, había preguntado a mi padre.

A lo que él, sin mediar palabra, tomó del estante reservado a los libros sagrados, los Profetas y leyó:

-“Harás además un candelabro de oro puro, ordenó “Yahvé” a Moisés. El candelabro, su base y su caña han de hacerse labrados a martillo; sus copas, sus cálices y sus flores serán de una pieza. Y saldrán de sus lados seis brazos; tres brazos del candelabro de uno de sus lados y tres brazos del candelabro del otro lado”.

Palabras que cayeron en mí, dejando una huella imborrable; me había hecho comprender mi padre que el Judaísmo era más que un nombre, que respondía a una estirpe y a una creencia, a

un comportamiento y a un pueblo, a un rito y a un ceremonial, unos y otros cimentados en la “*Toráh*”, marca y seña de la restauración de su culto y legitimidad del pueblo.

Mi padre me había dejado solo sumido en un mar de dudas, dejándome caer sobre una de las butacas de la estancia, mi mente se iluminó por la “*Toráh*” y a la luz del candelabro. Por vez primera mi pensamiento escudriñó mansiones desconocidas y reflexioné sobre mis orígenes, mi religión y mi pueblo, perdido, en la diáspora, entre los demás pueblos.

Fuera, con la algazara de fondo de los chiquillos que jugaban en la plaza “*Strachus mit Karlstor*”, se oyeron las doce campanadas de la “*Frauentürne*”, estañando enfrentados sentimientos, pero genuinos y auténticos, unidos en sus voces y en su propio lamento, lugar y tiempo, pero el uno del otro muy lejos, rota y deshinchada la cuerda del “*shofar*” y las campanas cerca, pero muy lejos: mi fe de judío y el eco de una creencia antagonista enfrentada que se me aparecía en el subconsciente, no siendo quién a desligar una de otra en aquel preciso momento ...

Me quedé dormido en la butaca... Recuerdo que soñé con el candelabro de seis brazos que coqueteaba al son de las campanas que me despertaron con la mañana, trayéndome el aire fresco.

A sí fueron transcurriendo los años de mi infancia, entre guiños de nuevos descubrimientos y la confirmación de inevitables y sobrevenidas decepciones, próxima mi adolescencia.

Iba a cumplir trece años, me acercaba a mi primera crisis juvenil, en la que la voluntad y el intelecto, la fe y la razón, experimentan una rivalidad lógica y necesaria.

Mi ser de niño se trasmutaba con sus sensaciones a flor de piel de adolescente, en las que más de una vez el sofoco acusó la timidez del susurro al oído o el efecto de una dulce mirada, sensaciones hasta entonces dormidas sobre las ondas del candor

de adolescente; el velo del misterio comenzaba a rasgarse ante mi conciencia conformando ideas y, tantas veces mitos sin fundamento, archivando conceptos, desvelando enigmas sin valor y sentido, cimentando, en definitiva, los valores de creyente sobre las bases de mi llegada a la pubertad con sus sobresaltos y sus dudas sin fundamento.

Al sueño cándido había sucedido el despertar de una congoja transida, de la ansiedad al recelo, de la tranquilidad a la duda, de la duda a la certidumbre.

Diligente duda e incertidumbre de ver arcanos desconocidos, gustar los deleites del placer de la carne y también del sexo, conocer por siempre los infinitos misterios del universo: los agujeros negros de la vida, la sutil materia de los cielos sin fronteras, las galaxias, las estrellas, los planetas y más planetas, no siempre comprendidos y, siempre sumidos en el más absoluto misterio.

Yo mismo comenzaba a sentirme extraño en mi propio cuerpo percibiendo gustos y sentimientos desconocidos, gustando la metamorfosis de la naturaleza con sus cambios, sus desafueros increíbles. Por mis venas fluía la hervorosa sangre judía que otrora corriera por profetas, reyes, y celebrados héroes que hicieron de su vida un ejemplo.

... por todo lo cual sentíame ciertamente orgulloso, vivencias y emociones, todas ellas, que rebullían en mi infantil intelecto, cuando no sé cómo ni por qué, de nuevo me vi en el despacho de mi padre.

La ventana, entre abierta, dejaba entrar sutiles rayos de sol que se deslizaban lentamente sobre la mesa de escritorio donde la “*Toráh*” y el candelabro, esta vez de siete brazos, la “*Menorá*”, -el Espíritu de “*Yahvé*”, Sabiduría e Inteligencia, Consejo y Poder, Conocimiento y Temor a “*Yahvé*”-, afianzaban su protagonismo, dando a la escena tintes de gran misterio. El corazón me latía con frenética palpitación, y un extraño escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

-¡La “Toráh!”, exclamé con voz inaudible surgida de mi interior, y caído de hinojos ante ella, hice allí mi primer juramento:

¡Ser fiel judío!

Pero el camino por el que había de transitar para entrar en el Templo mostrábase hartamente trabajoso y difícil, y yo débil e impotente, hasta el punto que al mismo David había hecho prorrumpir, en su humana desconfianza, en un grito:

-“¡Oh “Yahvé!”, ¿quién puede residir en tu monte santo, habitar en tu templo...?”

A lo que “Yahvé” había contestado:

-“El que se conduce con integridad, el que en su corazón habla verdad, el que con su palabra no detracta, el que no infiere injusticia alguna a su prójimo, el que honra a los temerosos de “Yahvé”, el que no da a usura sus dineros ..”

Arduo era el compromiso que hizo romper en lágrimas al sabio Gamliel, desesperado ante semejante respuesta. Era sobrado comprometida para que cualquier humano pudiera aceptarla, incluso a cambio de su futura felicidad, atreviéndose a preguntar:

-¿Es necesario dar cumplimiento a todas y tamañas exigencias para no ser borrado del libro de la vida?

A lo que con sorpresa, le fue respondido:

-No está escrito que haya que cumplir con todos los preceptos para gozar de la eternidad; basta la observancia de uno solo para tener a la vista las mansiones del firmamento.

Entonces fue cuando también yo me sentí seguro y dichoso por aquella promesa ante la “Toráh”, y de nuevo volví a jurar “ser fiel judío hasta la muerte...”; oí pasos en el pasillo, lo que hizo azorarme, saliendo precipitado del despacho de mi padre.

Había llegado mi profesor y mi madre andaba en mi búsqueda:

-No olvides la “kipá”, el “”talit y los “tefillim”, me había ella advertido.

Rabí Eleazar ben Num, profesor de mi “Bar Mitzvá” me esperaba en el salón.

Rabino celoso en sus palabras, y también en sus hechos, sucesor de los “*tannaitas*”, doctores judíos de la época de la “*Mishna*”, que le habían servido de modelo, tanto en la renuncia de toda riqueza y posesión de las cosas terrenales, así como de su dedicación a la enseñanza religiosa judía, había hecho él de la “*Toráh*” el centro de gravedad de su propia vida, unida a la revelación sinaítica, recusada por las naciones, aceptada por Israel en exclusiva, según tradición tan sublime como sugestiva:

-Cuéntase, relata rabí Eleazar, que cierto día, queriendo “Yahvé” entregar la “Toráh” a los hombres, se dirigió a los hijos de Esaú, a lo que ellos le preguntaron: “¿qué está escrito en la ley?: “No matarás”. “Nosotros, respondieron ellos, no podemos aceptarla, puesto que nuestra vida se fundamenta en el homicidio, según lo que les ha sido ordenado a nuestros padres: “Vivirá de tu espada”. Se dirigió, entonces, “Yahvé” a los hijos de Ismael, haciendo ellos la misma pregunta, que tuvo pareja respuesta: “No robarás”. “No podemos aceptarla, objetaron ellos, puesto que nuestra vida está cimentada en el robo, de acuerdo con el mandato legado a nuestros antepasados: “Será un onagro de hombre; su mano contra todos y las manos de todos contra él solo”. Entonces “Yahvé” ofreció el libro sagrado a los hijos de Israel, quienes respondieron: “Todo cuando dice “Yahvé” lo cumpliremos”, llegando así él, Israel, a ser el “pueblo de la “Toráh”, ley que ha de cumplirse, ni se imita ni se adopta, sino que se vive en su plenitud.

-Con tu “Bar Mitzvá”, agregó rabí Eleazar, formarás parte al punto de la comunidad de fieles, permitiéndosete desde ahora participar al “minian”, serás responsable ante “Yahvé” de tus buenas y malas acciones, puesto que en él está la misericordia y el castigo, dador a cada cual según sus propio merecido. Aprenderás, enfatizó él, a vivir según la justicia que recompensa el bien y el mal castiga, justicia, puerta siempre abierta del reino por designo del Dios vivo, y sin la cual inútil sería incluso la santidad, aprenderás las distintas oraciones del día: el “shajarit”, primera plegaria matutina, en recuerdo de nuestro patriarca: “Levantóse Abraham de mañana y fue

al lugar donde había estado con “Yahvé”...”, la “minjá”, oración del mediodía, consagrada por el hijo de Sara, según en la “Toráh” está escrito: “por la tarde Isaac salió a los campos a meditar”, el “mahariv”, rezo del atardecer santificado por Jacob, según el recuerdo que de él había legado el escritor sagrado en el sacro texto: “Llegó a un lugar donde se dispuso a pasar la noche, pues el sol ya se ponía ...”, y el “shemá”, a leer la “Toráh” con cadencia sinagoga, el arte de llevar el “talit” y los “tefillim”, la manera de comportarse en un “minian”, en fin todo aquello que debía saber para ser admitido entre los fieles de la sinagoga.

Cuando rabí Eleazar ben Nuri terminó sus enseñanzas, una vez más, volví a quedarme solo, esta vez con la “Toráh” en la mano, la abrí al azar y leí:

“Yo soy “Yahvé”, tu Dios, anda en mi presencia, le había dicho a Abraham, y sé perfecto, multiplicaré tu descendencia y reyes saldrán de ti, con alianza eterna, estableceré mi pacto contigo y con tu posteridad, yo seré tu Dios y de las generaciones que vendrán después de ti”.

Alianza que dejaba un símbolo imperecedero, revelación convertida en ley eterna, comparada por el salmista al sol que brilla en el firmamento; como él la ley había de ser testigo viviente de la presencia de “Yahvé”.

Toda naturaleza palpita y crece con la energía que emana del astro sol, como el alma de todo fiel judío vive animado únicamente por la ley. Y tras volver a leer aquello de “Yo soy “Yahvé”, tu Dios”, cerré el libro santo y me dejé en brazos de mis recuerdos, aquel del Éxodo:

“Todos se quitaron los anillos de oro que llevaban en las orejas y los trajeron a Aarón; él los recibió de sus manos, hizo un molde y en él un becerro fundido y ellos dijeron: “Israel, ahí tienes a tu dios, el que te ha sacado de la tierra de Egipto”,

... y en mi inconsciencia temí caer en la tentación no menos terrible que aquella en la que incurrieron mis antepasados en el desierto..., en el “pecado del becerro”, cayendo en idolatría.

-Yo soy el candelabro, tu dios.

Las campanas de “*Frauntürne*” me hicieron despertar de aquella pesadilla, volviéndome a la vida real, salvándome de un imperdonable desvarío, consciente de haber estado a punto de adorar también yo el becerro.